

Las telefonistas

Beatriz Ara Comín, M.ª José Tejedor Alquézar y M.ª Pilar Villarroya Bullido

En los primeros años del teléfono, en la España de finales del siglo XIX, había unas mujeres que destacaron por la importancia que su trabajo tenía para que las personas pudieran comunicarse, hablamos de las telefonistas.

Centralitas de teléfono había en todos los pueblos de la comarca. Unas dependían de otras; por ejemplo, Oliete al principio dependía de Muniesa y más tarde eran Ariño y Alacón las que dependían de Oliete; Estercuel y Ejulve, de Montalbán; y Alloza, de Andorra.

Algunas de las telefonistas de la comarca nos han contado cómo era su trabajo y en otros casos han sido sus hijas, que les ayudaban, las que nos han explicado su tarea.

Para poder acceder a este trabajo no había ningún examen especial, a veces simplemente tener a alguien conocido, como nos dice M.ª Pilar Serrano que fue su caso, ya que “mi padre era el alguacil y muy amigo del alcalde”. En otros casos solamente comprobaban desde Teruel que conocieran lo básico, “fueron pruebas fáciles, solo tenían que demostrar que conocían las cuatro reglas” -nos cuenta Marisol Carod, hija de María Burillo de Oliete- y “una vez aprobado, cuando venían a poner la centralita el mismo instalador les enseñaba su funcionamiento”.

Conchita Royo, de Andorra, empezó a trabajar muy joven, con 12 años, en la centralita que controlaba Donosa Cíercoles: “Era una modista que enseñaba a coser y además tenía a su cargo el teléfono. Yo me hacía cargo de este servicio mientras Donosa podía estar atendiendo a sus alumnas de costura”. En ese momento se encontraba la centralita en la actual avenida de San Jorge, había 10 abonados (las clavijas correspondían al número de los que tenían teléfono).

Conchita nos sigue contando que “Donosa debía abandonar su casa, donde tenía el taller, y lo dejó en mis manos. La Telefónica sacó la plaza a oposición. El encargado de hacerla era el Ayuntamiento, aunque desde Teruel ya habían decidido que siguiera yo, ya que Donosa había dado buenos informes míos. Aprobé el examen pero al tener solo 17 años no podía figurar como responsable. Se formó un Centro Régimen Familiar y pusieron como encargada a mi hermana mayor Pilar, que había sufrido una embolia y apenas podía hablar. Entonces toda la familia nos trasladamos a esa nueva vivienda, situada en la calle Escuelas, actual Casa de Cultura y en los bajos colocaron la centralita. A partir de entonces tuve un sueldo de Telefónica, no teníamos que pagar ni alquiler, ni luz, ni agua, ya que el Ayuntamiento se hacía cargo de estos gastos a cambio de que estuviera pendiente del teléfono noche y día. Más tarde de Teruel me



Foto superior: Carmen y Conchi, telefonistas de Andorra.

Foto inferior: Guía telefónica de Teruel de 1973

enviaron un horario para poner en la puerta, el servicio al público era de 8 de la mañana a 10 de la noche”.

“A partir de 1967 -nos dice- la encargada fui yo y como los abonados iban aumentando, tuvimos que ampliar la plantilla”. A lo largo de los años, hasta que empezó el teléfono automático, entraron como auxiliares diferentes chicas: “Carmen Almansa, Teresa York, Consuelo Royo y más tarde M.^a Luisa y Asunción Alquézar, Nuria Quílez, Maribel Lucientes, las Pericas Tomi y Rafaela y finalmente dos chicas de Alloza, Carmen y Consola Alquézar. A estas auxiliares les pagaba Telefónica, pero todo el dinero me lo mandaban a mí y yo hacía las cuentas y les pagaba”.

En este oficio nunca trabajaron hombres ya que pensaban que las mujeres eran más hábiles para esto. Conchita tuvo trabajando a dos chicos, José Luis Ginés y José Ángel Círcoles “para repartir los telegramas, que también recibíamos en la centralita, antes de que los asumiera Correos, a estos chicos les pagaba yo de mi sueldo, aunque también a veces cobraban la cuota de Telefónica”.

En 1979 empezó el teléfono automático y las chicas que estaban trabajando pudieron cobrar el paro según los meses trabajados.

Conchita nos dice: “Yo no tuve paro porque era como una empresa dentro de Telefónica, pero sí que tuve una indemnización y una pensión al cumplir los 65 años”.

Los demás pueblos de la comarca -con las telefonistas: Ester Rubio en Esteruel; María Burillo en la calle La Parra en Oliete; Carmen Alquézar en la calle Mayor en Alloza; Josefina Gracia en la plaza del Ayuntamiento en Ejulve; Felicitas Lázaro Blasco en la plaza de la Iglesia en Alacón; en Ariño M.^a Pilar Serrano en la calle Mayor; y en Crivillén Ester Bielsa (aunque no era centralita, sino un teléfono)- tenían unas características más parecidas entre ellos, ya que al tener menos población las centralitas eran más pequeñas, todas ubicadas en la casa y con un cuarto habilitado para locutorio y unos bancos o sillas para esperar las conferencias pedidas.

Todas ellas trabajaban en las centralitas con un cuadro de clavijas, más o menos grande según el número de abonados, que hacía posible la comunicación de ellos con la centralita y desde esta con el resto de los abonados de una forma rápida. Les preguntaban: “¿Con qué número desea hablar?”. Y pedían que esperasen hasta que la otra persona respondiese, para ello tenía que conectar con la centralita de la otra localidad, hasta que se comunicaban. En Ariño, nos dice M.^a Pilar Serrano: “Al principio teníamos que darle a la manivela para conectar cuando había pocos números, más tarde tuvieron que ampliarla y ya nos trajeron la centralita, que aquí



M.^a Pilar Serrano (Foto: archivo familiar).

llamábamos posición, y en ella sí que se encendía una luz cuando habían acabado de hablar, en las otras no”.

En Ejulve nos cuenta Josefina Gracia: “Llevábamos la posada de la plaza, mi madre solicitó hacerse cargo de la centralita y habilitamos un cuarto para el locutorio”.

Con menos de 20 abonados no había centralita, solo había un teléfono, que se ponía en contacto con otro pueblo, era el caso de Crivillén.

Recuerda Isabel Alquézar: “A veces pedían la comunicación por el apodo y la que atendía debía saber a quién se referían”. Otras veces pedían directamente el número, en todos los casos el número 1 era el del Ayuntamiento. Por ejemplo, en Oliete nos cuenta Marisol Carod: “El 32, el pantano; el 29, los Cañada; el 3, el médico; y el 50, el de Marcos Peña Royo, que era gobernador de Teruel y procedía de Oliete, donde tenía casa”. En Alloza: el 13, el cine; el 14, el bar Moderno; el 15, la familia del cantautor Joaquín Carbonell. En Ariño: el 2, SAMCA; el 23, el cuartel; el 3, el cura.

El trabajo no era duro físicamente, pero sí cansado ya que debían estar siempre atentas; por eso toda la familia ayudaba, sobre todo las hijas y a veces las abuelas para que la madre pudiera disponer de un poco de tiempo para su casa.

“Cuando oíamos cuatro timbrazos, que mandaban desde la Central de Montalbán, reconocíamos que era para Ejulve; en cambio si oíamos tres era para La Zoma, dos para Cañizar y entonces no respondíamos”, nos dice Josefina, y Felicitas nos cuenta: “Alacón se identificaba con tres toques, Oliete con dos y Ariño con uno”.

También prestaban el servicio de telégrafos. “Recibíamos y mandábamos telegramas hasta que se hizo cargo Correos del servicio y teníamos que llevar los avisos de conferencia a los particulares, por lo cual estábamos todo el día yendo y viniendo sin parar”, nos explican. Como no podían dejar sola la centralita, nos dice Josefina que “mi madre no fue a la boda de ninguna de sus hijas”, en otros casos buscaron a alguien para sustituirles ese día.

También nos cuentan que “las llamadas al mismo pueblo eran gratis y las conferencias al exterior las tenían que pagar en el momento los que iban al locutorio y nosotras cobrábamos a los abonados al final de mes. Cada noche teníamos que hacer el ‘asiento’ de lo cobrado y ver si coincidía con los ‘asientos’ de la central. Los pasos de las conferencias se contaban de tres en tres, si hablabas cuatro tenías que pagar como seis. A veces las conferencias tardaban un rato y la telefonista decía: ‘Línea ocupada, te retengo’. Se oían mejor las llamadas al extranjero, y cuando había tormenta saltaban las clavijas”, nos cuentan Consolación e Isabel Alquézar, de Alloza.



Conchita Royo, telefonista de Andorra (Foto: M.^a Pilar Villarroya).

Entre las anécdotas nos refiere Conchita que los abonados que no pagaban su cuota no podían hablar por teléfono. Su número quedaba cerrado con unos tapones, que se quitaban en cuanto hubieran pagado la deuda. Todas nos dicen que al principio muchas personas cogían el auricular al revés y, claro, no oían bien. Otros iban a la centralita, decían que ya habían hablado y no les habían dado línea, nos dicen Isabel y Consolación, y algunos gritaban: "¡Que no te siento". Teresa, hija de M.^a Pilar, nos indica que en Ariño había una mujer que todos los sábados iba a llamar, pagaba por adelantado 3 minutos y le decía: "Avísame cuando pasen", ella lo hacía, pero la señora seguía hablando más rato; "luego, cuando hacía tortas, siempre me llevaba".

Más o menos todas nos dicen que a veces escuchaban las conversaciones, hasta que el que hablaba le decía al otro: "Me parece que nos están escuchando" y entonces, muy despacio, quitaban la comunicación; por supuesto lo tenían prohibido e incluso podían llegar a ponerles multas, pero era muy difícil comprobarlo". Con las centralitas pequeñas teníamos que escuchar de vez en cuando, porque si no no sabíamos si habían acabado, no había nada que nos lo indicara", nos dice M.^a Pilar.

Todas las centralitas se las llevó Telefónica al llegar los teléfonos automáticos, y cerraron entre los años 78 y 84. "Llegaron los técnicos y desconectaron el cuadro de conexiones, pusieron unas cintas, me hicieron tirar y empezaron a bajar todas las clavijas, y los teléfonos fueron automáticos", nos cuentan en Ariño. Las que trabajaban en ese momento no tuvieron Seguridad Social, pero sí que les quedó una pequeña paga o indemnización. Felicita nos dice: "Me llamaron en diciembre y me dijeron: desde hoy queda desconectada la central, cerré la puerta y me fui llorando a coger olivas".

Evidentemente, todas ellas demostraron saber su oficio y ser unas grandes profesionales.



Felicita Lázaro, telefonista de Alacón. (Foto: JAP)



Josefina Gracia, telefonista de Ejulve. (Foto: JAP)

La incorporación de la mujer en el mundo laboral como telefonista se remonta a la época de la implantación y difusión del teléfono, pero con la llegada de las centrales automáticas el oficio tal y como lo hemos descrito ha desaparecido. Aun con todo siguen existiendo telefonistas (no solo mujeres) en otros servicios importantes, como las llamadas de urgencia, servicios de carretera, etc.